

SENSIBILIDAD *PROTÓPICA* Y CONCIENCIA *PREGRESISTA* EN LA EVOLUCIÓN DEL CAPITALISMO TARDÍO

PROTOPIC SENSITIVITY AND PREGRESSIVE CONSCIOUSNESS IN THE EVOLUTION OF LATE CAPITALISM

Alberto González Pascual

Centro Universitario Villanueva de Madrid. Universidad Rey Juan Carlos
RRHH en PRISA
AGonzalezP@prisa.com

Recibido: noviembre de 2016
Aceptado: diciembre de 2016

Palabras clave: utopía, distopía, protopía, teodicea, tecnología, Internet, economía política, dialéctica materialista

Keywords: utopia, dystopia, protopia, theodicy, technology, Internet, political economy, dialectical materialism

Resumen. En el artículo se hace una revisión crítica de la tendencia establecida en el pensamiento cultural del capitalismo tardío hacia la idealización del perfeccionamiento social a través de la revolución de la tecnología. Fundamentalmente, el foco de la crítica se centra en los planteamientos específicos del tecnólogo Kevin Kelly y sus nociones de *protopía* y *technium* como síntesis de superación a las contradicciones entre utopía y distopía. Además, se compara la *protopía* en oposición al concepto de poder dual de Lenin propuesto por Fredric Jameson como regeneración del pensamiento utópico en la izquierda cultural. En un segundo término, se relaciona la *protopía* con la conciencia de *progreso* (como opuesto a la fe en el progreso puro y neutro) y también con la influencia ideológica de los planteamientos sobre la teodicea de Leibniz. Como conclusión, se ofrece la vía dialéctica para enfocar el problema del miedo a la utopía y superar la creencia vacía en que la evolución tecnológica traerá aislada e inevitablemente un estado de liberación para la naturaleza del hombre.

Abstract: It's a critical revision of the established tendency in the cultural thought of late capitalism towards the idealization of social perfection through the revolution of technology. Fundamentally, the focus of criticism focuses on the specific approaches of the technologist Kevin Kelly and his notions of *protopia* and *technium* as a synthesis of overcoming the contradictions between utopia and dystopia. In addition, the *protopia* is compared in opposition to Lenin's concept of dual power proposed by

Fredric Jameson as a regeneration of utopian thinking in the cultural left. In a second term, *protopia* is related to the consciousness of *pregression* (as opposed to faith in pure and neutral progress) and also to the ideological influence of the approaches to Leibniz's theory of theodicy. In conclusion, the dialectical way is offered to reframe the problem of the fear to the utopia and to overcome the empty belief that only technological evolution will inevitably bring an harmonic state of emancipation to the nature of man.

No, hermano. Estoy en mi sano juicio. Lo que enloquece a la gente es tratar de vivir fuera de la realidad. La realidad es terrible. Puede matarte. Si le das tiempo, te matará sin ninguna duda. La realidad es dolor... ¡Tú lo dijiste! Pero las mentiras, las evasiones de la realidad, todo eso te enloquece. Las mentiras hacen que pienses en matarte.

Ursula K. Le Guin.
Los desposeídos (1974), p. 190.

1. Introducción. La impostura del optimismo

El progreso de Internet y el ritmo acelerado con que acontece el desarrollo tecnológico han nutrido los fundamentos de la doctrina política del optimismo, la cual es reproducida y propagada por el Estado social y las élites sin rubor y con suma eficacia para implantar un discurso de orden y estabilidad en la conciencia de la ciudadanía. Los avances de la tecnología y su aplicación práctica al mercado se han convertido, a través de la visión

política adoptada por la neoburguesía¹, en parte de un proceso de expansión del capitalismo tardío, por lo tanto, son articulados como enunciados simbólicos del progreso económico y social, a la vez que son dotados de significados materiales e idealistas. Surge así una fe indómita en las estructuras generales de la sociedad según la cual, dados los aspectos positivos reconocidos en el presente, la espera por el advenimiento de un elusivo futuro debe ser imaginada como la preparación de un espacio político y económico que se caracterice por una organización realista y pragmática, lo que dicho con otras palabras es institucionalizar un espacio de credulidad para que fluya una idea común de esperanza para todas las clases sociales (de forma que las mejoras deseadas y la erradicación de las penurias queden vinculadas dentro de un mensaje unitario cuya expresividad afirma asunciones como que “cada día hay más personas que salen de la pobreza” o que “cada hora hay más conocimientos acce-

1. Utilizo esta categoría para designar la renovación de la clase social burguesa con una hornada de nuevos perfiles que han logrado ascender hasta la élite de los más ricos o hasta la clase asalariada con mayor renta gracias a su emprendimiento y al éxito cosechado en relación directa con los avances de las tecnologías vinculadas con el crecimiento de la conexión a Internet, la comercialización de productos digitales habitualmente sustitutivos de otras formas de consumo tradicionales (el periódico en papel sería un ejemplo), y la inmersión en la efervescencia de la nueva economía basada en transacciones electrónicas. Esta neoburguesía comparte una fe dentro de su apego empírico por el capitalismo: asumir la disrupción tecnológica y la innovación comercial derivada de ella como las palancas esenciales para producir y mantener la prosperidad material y el crecimiento económico, por consiguiente, se convierte en una fe instrumental para seguir creyendo en la bondad del hombre en el presente.

sibles que nunca antes en la historia para regocijo del progreso moral del mundo”).

Acorde con este proyecto ideológico, el movimiento de los acontecimientos vinculados a los descubrimientos de la tecnología y la comercialización de productos derivados de ella quedan percibidos como *un todo en continuidad* que a su vez es eminentemente constructivo para alcanzar el funcionamiento óptimo de la sociedad, es decir, se niega que ese *todo* traiga consigo interferencias fundamentales que perjudiquen el perfeccionamiento general de la humanidad. En el trasfondo de este escenario late un pensamiento político con una profunda raíz reaccionaria: la transformación radical de la realidad es percibida como una amenaza para el bienestar, retratada culturalmente (en la literatura, el cine, la fotografía, la pintura, la escultura, la arquitectura y el periodismo) como la posibilidad de un futuro aterrador, y tan solo excepcionalmente, cuando la situación es sofocadamente crítica, como apunta Terry Eagleton², es cuando se autoriza la acción de prescribir cierto umbral de mutación, aunque siempre en una dirección programada. En las brasas del optimismo se niega la tragedia y, en su sustitución, las bondades sobre el futuro que se pregonan tienden a ser marcos formales (de principios, creencias y leyes) interesadamente reformadores, ya que el presente histórico es sentido y valorado al estilo de Leibniz³, pues, como

2. Terry Eagleton. *Esperanza sin optimismo*. Taurus, Barcelona, 2016, p.20.

3. «De acuerdo con la ley de continuidad, que excluye los saltos, el descanso puede considerarse como un caso especial de movimiento, es decir, como un movimiento pequeño o mínimo, y la igualdad puede considerarse como un caso de desigualdad sumamente pequeña. Así, al formular las leyes del movimiento, no debemos nece-

la mejor opción posible para que el mundo social sea tal cual es, una tesis sostenida en su discutida *loi de la continuité*⁴, y que es instrumentalizada desde la facción de la singularidad (compuesta por los seguidores de la pseudofilosofía configurada por el tecnólogo Ray Kurzweil⁵) para justificar que la naturaleza, al igual que el desarrollo histórico, no evoluciona mediante grandes saltos arbitrarios, sino mediante ligeros incrementos constantes, pequeñas ganancias geométricas desde cuyo acumulado final se van precipitando ciertos puntos de inflexión (habitualmente drásticos con respecto a lo preexistente)

sitar reglas especiales para los cuerpos que son iguales o para los cuerpos que están en reposo; todo lo que necesitamos son reglas para cuerpos que son desiguales (incluyendo el caso especial de desigualdad = 0) y reglas para cuerpos en movimiento (incluyendo aquellos que se mueven a velocidad = 0). Si insistimos en tener reglas especiales para el descanso y la igualdad, debemos tener cuidado de que se ajusten a la idea de que el descanso es el límite del movimiento y la igualdad es la menor desigualdad; de lo contrario violaremos la armonía de las cosas, y nuestras reglas no se cuadrarán entre sí». G. W. Leibniz. *Essay in Dynamics showing the wonderful laws of nature concerning bodily forces and their interactions, and tracing them to their causes*. Edited by Jonathan Bennett, 2015, p.14.

4. Los antecedentes a la *ley de la continuidad* desarrollada por Leibniz hay que buscarlos en el ensayo de Descartes “*Geometría*”, donde expone que «(...) si los primeros dos o tres términos de una progresión matemática son conocidos, no es difícil encontrar el resto de términos». Ver René Descartes. *La géométrie*. A. Hermann, Librairie Scientifique, Rue de La Sorbonne 8, Paris, 1886, p. 87.

5. Ray Kurzweil. *La singularidad está cerca. Cuando los humanos trascendemos la biología*. Lola Books, Berlín, 2012. La visión utopista de Kurzweil se resume en la siguiente frase: «La mayor parte de la inteligencia de nuestra civilización acabará siendo no biológica». *Ibidem*, p. 33.

desde los cuales se modula de forma determinante la superación de cada época. Bajo esta lógica se anula la posibilidad de una *Weltanschauung*⁶ al modo de Marx y Engels, dado que lo que se ofrece como alternativa nunca es una superación revolucionaria de la realidad, sino una sustitución de partes de ella con el objeto de corregir debilidades y perfeccionar virtudes supuestamente inherentes a la naturaleza del modelo dominante.

Entre los seguidores de la doctrina de la singularidad se encuentra el tecnólogo y divulgador cultural (editor de la popular revista sobre ciencia y tecnología *Wired*) Kevin Kelly. En su obra *The Inevitable. Understanding the 12 Technological Forces that Will Shape our Future* y en diversos artículos⁷ ha ido presentando una

6. Es un término difícilmente extrapolable a una palabra específica en español. Su significado marxiano designa una visión totalizadora, esencialmente basada en la interrelación de todas las estructuras del mundo y de todos los aspectos de la vida social del sujeto. Por lo tanto, se trataría, por aproximación, de una determinada forma de cosmovisión, pero enfatizando que la misión filosófica o el fin último de la filosofía consiste en alcanzar una praxis revolucionaria que enderece el mundo para ser como debería. Para entender mejor las ramificaciones de la *Weltanschauung* total y “por hacer” es importante revisar el análisis de Lenin a propósito de la dialéctica de Hegel en su obra *Los cuadernos filosóficos*. Ayuso, Madrid, 1974. En concreto, Lenin clarifica la diferencia entre la crítica absoluta, reducida a ser una “labor cerebral”, y la crítica crítica, la cual abandona, como meta suprema de la lógica, el hecho sustancial de lograr el planteamiento correcto de los problemas (según alardeaba la razón especulativa prescrita por Hegel), para optar por dar el salto hacia la realización inmediata y material de la emancipación política.

7. Ver la entrevista a Kevin Kelly publicada en Edge.com el 2 de marzo de 2014 (realizada por John Brockman). Consultada por última vez el 15 de enero de 2017 en: <https://www.edge.org/con->

nueva nomenclatura, adscrita al optimismo especulativo y conservador⁸, que refleja bien a las claras cuál es el sentido trascendente del capitalismo tardío basado en la “revolución digital” y tecnológica: la exaltación de la *protopia* como nuevo movimiento político. En los próximos epígrafes se analizarán los términos que confirman a esta *protopia* como la manifestación de una senda culturalista que desea diferenciarse de la distopía tanto como ser

versation/kevin_kelly-the-technium. Ver también el post titulado “*Protopia*” publicado por Kevin Kelly en su blog *The Technium* el 19 de mayo de 2011. Consultado por última vez el 17 de enero de 2017 en: <http://kk.org/thetechnium/protopia/>

8. Siguiendo la investigación de Eagleton, se puede diferenciar entre un optimismo liberal y un pesimismo de raíz conservadora. El primero sostiene que «(...) las personas se conducirán decentemente si se les permite desarrollarse con libertad». Mientras que el segundo «(...) tiende a considerarlas criaturas imperfectas e ingobernables (...)». En este último caso, el pesimismo se balancea entre una concepción exageradamente deteriorada del presente y del futuro, y un reclamo melancólico para recuperar un cierto estado del pasado, idealizado como una etapa de florecimiento que debería ser recuperado. Ver Eagleton, *op. cit.* pp. 22-23. Al relacionar esta aproximación con la postura esgrimida por Kevin Kelly podemos observar una dualidad entre un polo positivo, basado en ensalzar las virtudes de la relación entre hombre y tecnología, y uno negativo, referente a expresar una sospecha fatalista sobre el destino entrópico y la degradación al que ambos están condenados (una visión con reminiscencias decimonónicas que fue originada como reacción ante los desajustes de la industrialización masiva de la segunda mitad de aquel siglo). Por consiguiente, el anclaje conservador de Kelly deviene por no afrontar la experiencia del presente desde su estado más desigual, injusto y violento, de modo que su fe en el futuro, de partida, niega la tragedia como palanca para dar lugar a una transformación orientada a la utopía, pues no considera a esta última urgente ni virtuosa ni segura.

un antídoto para contrarrestar el atractivo de la utopía. Igualmente, se comparará dicho análisis desde una perspectiva dialéctica materialista para observar el afloramiento de una conciencia orientada al *progreso* para reforzar el cálculo utilitarista, por ende, se trataría de la gestación de una conciencia designada como la antítesis a una de progreso basada en la fe de la imaginación utópica. Para desarrollar esta confrontación se analizará la perspectiva del “poder dual” descifrado por Lenin⁹ y recuperado por Fredric Jameson para articular un programa utópico que pueda existir, como referente al menos, en la literatura política de la izquierda milenaria (potencialmente encarnada por las nuevas generaciones nacidas desde 1980 en adelante).

2. *Protopía*. Desgarramiento del pensamiento transformador y auge del capitalismo tardío

En opinión de Kelly, el progreso tiene lugar incrementalmente, de modo que “*cada año es mejor que el anterior pero no por mucho, solo por una cantidad micro*”. Esta premisa implica que la tecnología, como fenómeno técnico que se transfiere

desde la esfera de lo científico hasta la de lo económico y social, puede subsanar problemas y carencias, pero también puede desencadenar ciertas pérdidas para algunos sectores o participantes, esto es, puede generar nuevos conflictos y coyunturas problemáticas que antes no había. El determinismo tecnológico que afecta a esta posición se resume en despreciar la elección neutral (entendida como una especie de juego de suma cero donde el volumen y alcance de los problemas resueltos quedarían equiparados con los problemas abiertos como consecuencia de las soluciones implementadas), y apostar por el principio de la “mejor situación posible”, por ende, afirmar que los avances tecnológicos probablemente siempre producirán un beneficio mayor que el daño que puedan llegar a provocar, y si no sucede en este sentido sino a la inversa, será por una cuestión de elección (¿racional o irracional? no queda distinguido con relevancia). En última instancia, lo que se consagra es el proceso de adquirir más capacidades o el poder de hacer cosas nuevas, habilitando el crecimiento estructural en función del crecimiento en el número de elecciones posibles; supuestamente, cuando más amplia sea la diversidad más oportunidades habrá de hacer el bien. Es en tal enunciado sobre el que desliza Kelly el constructo que denomina como *protopía*. Calificado como un estado de la realidad que siempre garantiza ser “*hoy mejor que ayer*”, y en la que la capacidad de predicción (y la asunción de responsabilidad vinculada a ella) queda difuminada por la dinámica inherente de “*contener tantos nuevos problemas como nuevos beneficios*”, lo que provoca que los puntos de progreso y ruptura se encabalguen como elementos constitutivos de una sola entidad. Así, la *protopía* destaca por ser la heredera de la obsesión por “no

9. Para Lenin, el poder dual suponía una herramienta de transición en el desarrollo histórico revolucionario. Básicamente era una convivencia necesaria compuesta por dos estructuras, la “vieja” y la “nueva”: «(un) *Gobierno Provisional -el gobierno de la burguesía- (y) otro gobierno que se ha erigido, hasta ahora débil e incipiente, pero indudablemente un gobierno que realmente existe y está creciendo -los Soviets de Diputados de Obreros y Soldados-*». Ver el Tomo VI en *Obras Escogidas*. Progreso, Moscú, 1973, p. 117-119.

caer en el gulag”¹⁰, codificado este como un símbolo de la utopía errada o torcida que debe ser sublimada en un estado orgánicamente *distópico* que a su vez es transformado en un signo religioso de advertencia y castigo para los renegados del sistema. Con la misma lógica, el sueño enfocado hacia la voluntad de imaginar estados de la realidad que sean alternativos queda cercenado (por su dificultad perceptiva), fuera del alcance del entendimiento del sujeto contemporáneo, de manera que el mesianismo de la mente utópica, habitualmente familiarizada con gestar una visión radical de las cosas, es sepultado bajo el cinismo apocalíptico de quien lo desprecia tanto por su falta de plausibilidad material y política como por desconfiar de si podrían ser deseables para todo el mundo sus efectos sanadores (en este caso se niega su valor universal).

La *protopía* aspira a ser un predicamento capaz de anular las pesadillas *distópicas* que nacieron bajo el miedo al colapso nuclear, y que tanto ha condicionado los desarrollos del modernismo y posmodernismo, hasta ir mutando progresivamente en el miedo actual, mucho más contradictorio que el anterior: un estado panóptico al estilo de un “Gran Hermano” digital que,

10. Fredric Jameson diagnostica la propagación (aún no cerrada) desde la etapa posmayo del 68 de un sentimiento de paranoia ante cualquier forma de organización política y social (especialmente y es enfáticamente centralista y acaparadora) a tenor de las revelaciones de los gulags, lo que influyó tanto en la literatura socialista que se ha originado desde los años setenta (evidente en la obra de Michel Foucault) como en la inercia cultural que condujo a la legitimación intelectual del liberalismo, que en términos políticos llegó a ser encarnado carismáticamente por el dúo Thatcher-Reagan. Ver Fredric Jameson. *An America Utopia. Dual Power and Universal Army*. Verso, London, 2016, p. 2.

de nuestra vida privada, todo lo ve y escucha en cualquier momento, lugar y sobre cualquier tipo de dispositivo¹¹ (la contradicción surge de la facilidad y el voluntarismo con el que una notoria proporción de la sociedad está dispuesta a renunciar a su privacidad a cambio de algo, ya sea la obtención de algún placer instantáneo o bien una delegación de la responsabilidad hacia sí mismo que es transmitida hacia la autoridad gubernamental o, más todavía, para que sea gestionada corporativamente por las grandes empresas). En la sensibilidad de Kelly cristaliza un desinterés por el futuro lejano, como si todo el mundo occidental lo que quisiera prioritariamente es vivir su tiempo, ya sea el hoy ya sea el día siguiente como muy tarde, y ya nada más importara. Este pesimismo contrasta con el que también manifiesta Fredric Jameson en su última reflexión sobre el pensamiento utópico (*An America Utopia*, 2016). Para Jameson, con la segunda década el siglo XXI a la vuelta de

11. Tomando los derroteros de los mensajes predominantes en la cultura occidental, en un extremo, se califican como escenarios típicamente *distópicos* las descripciones del futuro recreadas, por ejemplo, en filmes como *Mad Max*, *Blade Runner*, *The Matrix*, *The Terminator* o *Los juegos del hambre*, y entran en correlación con la construcción mítica de discursos de tradición realista, los cuales tienen la misma vocación de influir en el inconsciente colectivo, y en los que son recreados la extinta URSS, y las situaciones históricas contemporáneas de Libia, Irán, Cuba o Venezuela. Mientras, en el otro extremo, otros ingredientes que coexisten en nuestro presente, y que serían susceptibles de ser considerados como rasgos *distópicos*, se catalogan aisladamente como distorsiones o “pecados” políticos (en aras de un bien mayor como la seguridad del sistema) que son cometidas sin maldad por nuestro modelo democrático vigente (WikiLeaks o las revelaciones de Edward Snowden serían un ejemplo; ambos también cuentan con sus respectivos filmes para satisfacer el consumo de masas).

la esquina, es sintomático de un estado general de las cosas extraordinariamente específico que la izquierda política y cultural que una vez tuvo “*un programa político llamado revolución*”, haya dejado de tener la más mínima aspiración por realizarla:

*Nadie parece creer en ella por más tiempo, parcialmente porque la agenda con la que supuestamente tendría que llevarla a cabo ha desaparecido, parcialmente porque el sistema que supuestamente iba a ser sustituido ha logrado llegar a ser demasiado omnipresente para comenzar a imaginar qué hacer para sustituirle, y parcialmente también porque la mayoría del lenguaje asociado con la revolución ha llegado a ser demasiado pasado de moda y arcaico (...)*¹²

Por consiguiente, la *protopía* entraría dentro de las consecuencias esperables una vez que es aceptado el diagnóstico realizado por Jameson. Dentro de tal escenario resulta obvio que los partidos socialdemócratas sobreviven en medio de ruinas intelectuales tanto por razón de haber optado por una vocación reformista para tratar de regular el capitalismo y, en efecto, no haber dejado de fracasar en sus repetidos intentos, como por la corrupción sistemática de sus estructuras institucionales y líderes. Esta situación no solo provoca que el comunismo haya muerto y nadie desee su resurrección, sino que permite que la literatura *distópica* repita como lugar común un escenario en el que los proscritos, los invisibles y los “submundiales” son dominados rápidamente por el crimen organizado, emergiendo un gobierno corrupto cuyo único fin no es la emancipación y la igualdad de la colectividad sino maximizar los ingresos de los bandidos que fundan ese nuevo gobierno. Jameson y Kelly coinciden en advertir de

12. Jameson, *op. cit.*, p. 3.

los graves efectos de que se esté desintegrando y olvidando la práctica de cualquier forma de literatura política acerca del futuro (sea utópica, *distópica*, *eutópica* o *protópica*), pero cada uno se adentra por una senda completamente diferente para generar interés en una alternativa histórica.

Empezando por Kelly, la senda que propone no es más que la esperanza en la tecnología y el paradigma científico (por supuesto, dentro de las reglas de la innovación¹³ que se propugnan como motor del capitalismo). Su concepción determinista le lleva a distinguir dos nociones de cambio tecnológico: (i) un cambio orgánico causado por la evolución general de los sistemas y (ii) un cambio progresivo causado por el ritmo en el desarrollismo mediante el cual se optimiza el funcionamiento de estos sistemas. En la primera queda reflejada lo que, por analogía, vendría a ser la mutación genética de la esencia celular de los seres vivos, mientras que en la segunda noción quedan contempladas las fases del desarrollo biológico de cada cuerpo y especie (desde el momento de la concepción hasta su maduración y muerte). Para Kelly, lo que experimentamos habitualmente en nuestra vida diaria son los efectos del programa de desarrollo general de la tecnología a lo largo de la historia (algo así como pasar del milagro de la talla de piedra y el barro hasta el momento mágico de la electricidad, el láser o la fisión atómica, entendidos todos ellos como cambios evolutivos, en contraposición a la cerámica, la electrónica o la

13. Para un análisis crítico sobre estas reglas alrededor de la doctrina de la innovación disruptiva en la economía digital ver el trabajo de Alberto González Pascual y Rafael Rodríguez Prieto en *Caos Digital y Medios Comunes*, Dykinson, Madrid, 2015, pp. 193-200.

bomba de hidrógeno que entrarían en la clasificación de los cambios desarrollistas; una relación que difiere entre lo que es inmanente al objeto y los fines últimos de ese objeto). Se reconoce así que hay precursores tecnológicos que son los que permiten que la mutación esencial se produzca, a menudo de un modo arbitrario y caótico, para que luego esos mismos descubrimientos tecnológicos vayan asentándose dentro de un ciclo más o menos predecible, cuyo movimiento dinámico siempre se producirá desde sus mismos orígenes, caracterizados por una apertura total a la diversidad y la participación, hasta alcanzar su sentido pleno dentro de un ecosistema económico y científico que se va volviendo cada vez más estable y cerrado, tanto en términos de propiedad como en su umbral, cada vez menor, de variabilidad¹⁴. Este ciclo predecible es lo que finalmente conforma el mito de lo “inevitable”. Lo “inevitable” adquiere su causalidad en el papel de la tecnología como el acelerador más potente para el desarrollo y evolución de la humanidad,

14. Un ejemplo de este ciclo de vida de lo tecnológico sería «(...) *el correo electrónico y la apertura del correo electrónico. Entonces se formaron los servicios cerrados de CompuServe, Prodigy y AOL, pero entonces hubo otro florecimiento de la Web, el cual fue al principio abierto y muy caótico, con muy pocas reglas, y luego llegó la consolidación, y lo que tenemos ahora son muchos mundos cerrados que están cultivados, son los mundos cuidados de Facebook y de Google+, y entonces la etapa siguiente será otra vez un lugar muy abierto y salvaje, loco y caótico, mientras que a la vez otras cosas estarán siendo resueltas, y probablemente ese lugar abierto colapsará una vez más para dar lugar a unos sistemas que serán, nuevamente, cada vez más cerrados y propietarios, especialmente a medida que la gente descubra lo que son y lo que quieren hacer en ellos*». Ver Kelly en edge.com. Principio del formulario

pero lo que resulta más misterioso para la conciencia histórica es admitir que el programa de desarrollo tecnológico no depende de la naturaleza de la sociedad, sino de la propia naturaleza de la tecnología¹⁵. Y es esta naturaleza específica la que es codificada dentro del otro gran mito en construcción, el de la *protopía*, legitimado como una forma hermafrodita (siendo la semilla masculina y la madre a la vez) del proceso incremental y continuo del *llegar a ser*¹⁶(el “becoming”). Así, la cultura del *prototipado*, la experimentación intensiva y la obsolescencia

15. Kelly para explicar el funcionamiento de la naturaleza de la tecnología genera la noción de *technium*, una triada de estructuras que permite la combinación de lo evolutivo con el desarrollismo. El proceso en sí lo articula en (i) Lo estructuralmente inevitable (salvando la incógnita de lo impredecible y manteniendo la constante de continuidad). (ii) Lo históricamente contingente, con los accidentes y aspectos circunstanciales que influyen a lo largo del tiempo en el proceso de evolución tecnológica. (iii) Lo intencionalmente abierto, siendo la innovación y la creatividad las motivaciones y conductas a través de las cuales quedan solventados los problemas de adaptación o supervivencia en el entorno en el que la tecnología cobra presencia y desarrolla sus efectos. Véase Kevin Kelly. *What Technology Wants*. Viking, New York, 2010, pp. 182-183.

16. «*Las actualizaciones continuas son tan críticas para los sistemas tecnológicos que ahora ya son automáticas para la mayoría de los dispositivos personales y para las apps de software. Entre bambalinas, las máquinas se actualizarán a sí mismas, cambiando lentamente sus funcionalidades a lo largo del tiempo. Esto está sucediendo gradualmente, así que no podemos ser conscientes de que ellas ya están “llegando a ser”*». Tomamos esta evolución como algo normal. La vida tecnológica en el futuro será una serie de actualizaciones sin fin. Y el ritmo de sus graduaciones está acelerándose». Kevin Kelly. *The Inevitable. Understanding the 12 Technological Forces that Will Shape our Future*. Viking, New York, 2016, p.10.

acelerada son transmutadas en rasgos del perfeccionamiento y progreso del mundo, sin importar cuál es el gasto en recursos (energía, materias primas y trabajo humano) para mantener el ritmo que demanda tal empresa (ni las condiciones políticas que sean instrumentalizadas en el desarrollo de esta).

Kelly, al carecer de un pensamiento dialéctico verdadero, queda ciego para poder relacionar la tensión que se establece entre la apertura y el cierre de cada ciclo económico que alimenta la evolución de la tecnología. Es incapaz de observar que el “*crecimiento del mercado no puede mantenerse a la par que la extensión de la producción*”¹⁷ y, por lo tanto, los períodos de transición desde un cierre a una apertura (incluyendo aquí el caos de la invención de un algo hasta el inicio de su comercialización) y viceversa vienen precedidos por estallidos de *crisis pletóricas*. Se trata pues de un choque inevitable porque el auge tecnológico que se prescribe se convierte en una ley coercitiva que fuerza al capitalismo a mejorar “su instrumental” sin tregua; luego la propia búsqueda de la innovación en base al descubrimiento de una nueva tecnología está dictada por obligación: el capitalista que habita en su sistema económico, y que reproduce esa misma coerción en las relaciones sociales subyacentes, se haya prisionero de la necesidad de tener que ejercer el dominio de su producción en el mercado.

La senda que propone Jameson es bien diferente. En primer lugar, porque acuña de un modo indirecto aquella máxima de Lenin en cuanto a que “*la humanidad no*

ha creado hasta hoy, ni nosotros conocemos, un tipo de gobierno superior ni mejor que los Soviets de diputados obreros, braceros, campesinos y soldados”¹⁸. O lo que con otras palabras consistió en admitir que tanto la humanidad como el revolucionario no había evolucionado todavía lo suficiente para conocer un tipo de gobierno que fuera superior. Desde esta premisa, Lenin alentaba a que se debía mantener el denominado *gobierno provisional* (oficialista), especialmente mientras estuviera consentido un apoyo a la burguesía de una parte del pueblo obrero. Pero es en esa dualidad donde se podía construir la transición definitiva (y “ganarse a la mayoría”). Jameson identifica la dualidad de poderes en nuestros últimos tiempos con organizaciones como los Panteras Negras o Hamas, es decir, organizaciones informales que han actuado desde abajo y que se han apresurado a suministrar a la ciudadanía las necesidades cotidianas para su supervivencia que no estaban siendo cubiertas por el Estado social (“*abriendo una tensión e incluso una oposición entre soberanía y gobernabilidad*”). Entonces, la cuestión de la senda hacia la utopía que se propone es modular la transición entre una estructura organizativa que no desafía oficialmente al gobierno formal, pero que sí se va autoconstruyendo como una alternativa eficaz para determinadas capas de la sociedad, a la espera de que la provisionalidad que está disolviendo al Estado vaya siendo cada vez más evidente, al ser marchitado o debilitado por sus contradicciones internas (en el programa imaginado por Lenin es justo ahí, en ese punto de maduración crítica, cuando la violencia revolucionaria podría ser eficaz y tendría efecto material, dependiendo su intensidad y transitoriedad del contexto

17. Friedrich Engels. *El anti-Dühring. Introducción al estudio del socialismo*. Claridad, Buenos Aires, 1972, p. 288.

18. Lenin, *op. cit.*, p.118.

cultural y socioeconómico donde surge). En segundo lugar, Jameson imagina que el punto de inflexión hacia el nuevo modelo tiene que ofrecer una alternativa a las políticas más influyentes de la posmodernidad que, en un sentido opuesto al de Kelly, tienen poco que ver con el acceso a las nuevas tecnologías ni tampoco con el hecho de preservar una cierta estabilidad en el orden jurídico y político para que las inversiones sobre ellas a través de la actividad científica sigan prodigándose (dado que todo lo demás sería realizado por la lógica con la que actúa la naturaleza de la tecnología en sí¹⁹), sino que tienen que ver con la propiedad de la tierra²⁰. Esta

19. En la crítica que hace Terry Eagleton a la obra de Matt Ridley *El optimista racional* (Taurus, 2011) queda bien expuesta cuál es la esforzada mentalidad del “Reformador” del capitalismo (defendida por el propio Ridley): está basada en profesar una fe ciega en que, pese a las depresiones económicas, las catástrofes naturales y las guerras, siempre que existan personas que estén suficientemente incentivadas para inventar fórmulas y objetos para mejorar las condiciones de la sociedad, la vida humana inexorablemente tendrá que seguir mejorando. Claramente, y dejando de lado la ausencia de un componente ético dentro del incentivo, no se tiene en cuenta que el capitalismo no siempre busca cultivar la creatividad, sino que, más bien a menudo, suele “obstaculizarla”. Es en ese inciso donde Kevin Kelly estaría de acuerdo con Eagleton, pero como Ridley, ninguno de los dos “optimistas” es capaz de discernir un programa político que evite en la práctica la vertiente egoísta (lo que el propio Kelly denomina el ciclo de cerramiento que sigue a cada proceso de apertura). Véanse Eagleton, *op. cit.*, p. 43, y Ridley, *op. cit.*, p. 32.

20. Aplicando su prisma marxista, Jameson relaciona los problemas de los asentamientos de Palestina, los campos de refugiados en Líbano, Turquía y Grecia, la inmigración global y la normalización de los derechos de ciudadanía para los extranjeros, la gentrificación de las ciudades, las políticas de extracción de recursos naturales y la degradación de los ecosistemas, como una

apreciación conduce la argumentación hacia cómo ser capaces de diseñar una oposición política y estética al impacto del mercado global de tierras (analizado con detalle por Saskia Sassen, 2015) y hacia recuperar la experiencia del tiempo²¹. En concreto, el proceso de mercantilización

cuestión de acumulación de tierra (las políticas del espacio). En sus propias palabras: «(...) *todas estas luchas son el producto de la mercantilización de la tierra, y de la disolución de los últimos remanentes del feudalismo y sus campesinos, y su sustitución por la agricultura industrial o agroalimentaria y los trabajadores agrícolas*». Jameson, *op. cit.*, p. 13.

21. *Idem.* Jameson, a este respecto, alude a lo que él denomina, como rasgo estructurador de nuestra época, la efervescencia de la “política del instante”, en la cual, la presencia del tiempo solo la experimentamos en el nivel de nuestro cuerpo, perdiendo para nuestra cognición la historicidad o el sentido de la historia, de modo que al perderse la experiencia del pasado por completo (lo que conlleva que la mayoría de lo que vivimos y conocemos se olvida casi instantáneamente), se bloquea la imaginación del futuro. Esta concepción del historicismo que propugna Jameson tiene mucho en común con la concepción de la historia que expuso Ernst Bloch, puesto que para ambos pensadores es una tesis razonable que la narración de la historia de la humanidad se haya adscrita a una dinámica cíclica, de modo que nada de lo ya acontecido se pierde por completo (aunque trágicamente haya desastres irrecuperables), y así todo vuelve al presente en un momento dado con otra forma aparente, aunque con la misma esencia. Así es que el futuro imaginable puede hallarse sepultado en el más alejado de los acontecimientos pasados. De ahí que la experiencia del tiempo, la revisitación del recuerdo, la espera anhelada y la conciencia de estar enfocados (la existencia) hacia el futuro a partir del conocimiento del pasado, todo ello se cruza para, de algún modo, aceptar que la pérdida de algo que fue querido es un paso necesario para que el sujeto histórico pueda transformar el presente y recuperar en el porvenir la privación que sufrió, pero siempre este reencuentro final deberá darse en una realidad diferente. Véase Alberto Gonzá-

de la tierra se refleja en que en el intervalo 2006 y 2011 se hayan adquirido 200 millones de hectáreas de tierras en otros países por parte de empresas y gobiernos. Las razones que lo explican se resumen en la fuerte demanda de cultivos industriales, tanto para fines alimentarios como para generar biocombustibles, a lo que se une el alza en precios de los bienes de primera necesidad, y la volatilidad de otro tipo de inversiones, lo que ha provocado que la compra de tierra sea un bien seguro para invertir. Sassen advierte de que lo que más alarmante de esta coyuntura es que está emergiendo una estructura de empresas de servicios de todo tipo (financieros, fiscales, logísticos y de maquinaria industrial) y a escala global para maximizar la rentabilidad de este modelo de compra y venta²², lo que induce el pronóstico de que se trata de un tipo de comercio que plausiblemente va a seguir consolidándose e ir a más. Si esta inercia se confirma en tales términos, las consecuencias podrían ser una oportunidad para la imaginación política, siempre y cuando realmente se esté dispuesto a creer en que la transformación radical del estado de las cosas tiene su punto cero en confrontar con la desposesión total. El escenario preparatorio queda así descrito:

Millones de pequeños agricultores brasileños han sido expulsados de sus tierras, que fueron absorbidas por grandes plantaciones de soja que producen para la exportación. Los transformadores pueden ser empresas o individuos, nacionales o extranjeros. Un resultado ha sido el hambre en regiones

lez Pascual. *El pensamiento político de Fredric Jameson*, Dykinson, Madrid, 2016, pp. 411-427.

22. Saskia Sassen. *Expulsados*. Katz, Buenos Aires, 2015, pp. 95-96.

*donde solía no haberla, aunque los habitantes fueran pobres (...)*²³

¿Quién gobierna ahora estos territorios de los que han sido desposeídas las gentes que allí vivían desde hace decenas de siglos? ¿Es posible realmente articular una situación de poder dual cuando la dinámica estructural de acumulación del capital está activando una ocupación intensiva del espacio disponible, poniendo en peligro la supervivencia de millones de personas? Si para Lenin fue la Comuna de París²⁴ el referente principal para preparar la transición hacia un estado socialista inexistente e impensable para la imaginación, Jameson elige la formación de una gran armada universal. Un ejército mundial en el que la igualdad y la socialización de la propiedad, la educación o la sanidad *llegan a ser* realidades materiales sin dobles. Concebido no como un sustitutivo

23. *Ibidem*, p. 97.

24. Para Lenin su referente en la concepción de un poder comunista basado en la experiencia del París de 1871 se fundamentaba en «1) *que la fuente del poder no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo y en cada lugar; en la "conquista" directa del poder, para emplear un término en boga; 2) sustitución de la policía y del ejército, como instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él, por el armamento directo de todo el pueblo; con este poder guardan el orden público los propios obreros y campesinos; 3) los funcionarios y la burocracia son sustituidos también por el poder directo del pueblo o, al menos, sometidos a un control especial, se transforman en simples mandatarios, no sólo elegibles, sino amovibles en todo momento, en cuanto el pueblo lo exija; se transforman de casta privilegiada, con una elevada retribución, con una retribución burguesa de sus "puestecitos", en obreros de un "arma" especial, cuya remuneración no excede el salario corriente de un obrero calificado*». Lenin, *op. cit.*, p. 117.

inmediato de los gobiernos constitucionales, sino como una nueva estructura social en la que se sublima la realización total de la sociedad civil hegeliana. La pirueta, a medio camino entre una concepción pragmática y otra utópica, es adueñarse del mito del sueño americano engarzado en la victoria en la guerra (para los estadounidenses, la guerra es la realización de la acción colectiva más pura). Luego, dado el curso histórico del capitalismo tardío, que refleja una anarquía imparable en la reproducción de sus leyes y valores, junto a un deterioro ecológico irrecuperable, no hay más camino que *“inventar mejores modelos temporales de crisis, para el largo y el corto plazo, que aquellos que han sido ofrecidos por la guerra”*²⁵. Pues, un ejército masivo, único y totalizador para evitar cualquier tipo de violencia a gran escala o conflicto bélico, una armada pacifista formada por el pueblo, una organización que es en sí inimaginable. Su fin entra dentro de la tradición literaria de la utopía, por consiguiente, se busca alcanzar ya no la consagración y protección de una constitución que sea perfecta y legal para poner fin a un proceso revolucionario, tal y como postulaba Kant²⁶,

25. Jameson, *op. cit.*, p. 22.

26. Kant relaciona el sentido moral de la acción revolucionaria con el logro de una constitución republicana del siguiente modo: *«La revolución de un pueblo plebiscitario, que estamos presenciando en nuestros días, puede triunfar y fracasar; puede acumular miseria y atrocidades en tal medida que cualquier hombre sensato nunca se decidiese a repetir un experimento tan costoso (...) En esta causa moral confluyen dos cosas: en primer lugar el “derecho” a que un pueblo no haya de verse obstaculizado por poder alguno para darse una constitución civil (...) en segundo lugar; “la meta” (...) no puede ser sino la constitución republicana»*. Immanuel Kant. *El conflicto de las Facultades*. Alianza Editorial, Madrid, 2003, p. 160.

sino eliminar tanto al Estado como a la política que lo alimenta. Y lograr este objetivo también significa saber construir un modelo social y económico que conecte la base productiva con la superestructura (la cultura, compuesta por todos los valores, las creencias, la fe, la práctica del arte y el uso del lenguaje) sin tener que pasar por el Estado social. Para Jameson, base y superestructura *“no son el final sino el principio”* de una realidad nueva, de igual manera que una constitución normativa y democrática no debería suponer el cierre de un proceso social colectivo, sino la apoteosis extática de ese algo que comienza y está por *llegar a ser*.

Las diferencias entre el pensamiento utópico de Jameson y el de Kelly caen por su propio peso, en el primero el tema del lenguaje de la propiedad individual en oposición a un lenguaje basado en el uso de las cosas y la acción colectiva cobra su importancia para desgranar nuevas interacciones sociales que permitan eslabonar la cultura con el modelo productivo dentro de un reparto justo de poderes entre el Estado y la sociedad civil, mientras que en el segundo lo vital es el florecimiento del lenguaje de la invención y del impulso creador que provoca el descubrimiento técnico y científico en oposición a los estadios de inmovilidad, donde todo discurre aislada y tediosamente. Precisamente, la *protopía* tiene elementos en común con *Una utopía moderna* de H. G. Wells²⁷. Las

27. Para sinterizar el enfoque general de Wells basta con señalar que en las viejas utopías (o clásicas), a su parecer, la libertad siempre resulta ser menos importante que la virtud y la felicidad, que es en lo que difiere la utopía moderna que aspiró a proponer. En su versión, el fin último del pensamiento utópico es lograr la máxima libertad que sea posible para que el individuo se realice en toda su dimensión sin interferir en la misma proporción que la libertad del resto de la socie-

intersecciones principales surgen, primero, de concebir al Estado del mismo modo prioritario: una estructura que es naturalmente progresiva, por lo tanto, que no es un todo estático, y es precisamente esta naturaleza dinámica del Estado lo que altera la condición de lo utópico y la encamina en la dirección específica del individualismo; en este sentido Wells consideraba que “*hemos de proveernos no solo de comida y ropa... sino de iniciativa. El factor que dirige al Estado Mundial de una fase de desarrollo a la siguiente es la interrelación de las individualidades; hablando teleológicamente el mundo existe gracias y a través de la iniciativa, y la individualidad es el método de la iniciativa*”²⁸. Por lo tanto, se exalta la proscripción de la uniformidad tanto como la resistencia al cambio cuando este es tecnológicamente (y por ello, históricamente) “inevitable”²⁹.

El segundo punto que comparten Kelly y Wells son las ideas de innovación y creatividad como motores transformacionales. Wells no tiene dudas de que hay una dis-

dad. Véase Elisabeth Hansot. *Perfection and Progress. Two Modes of Utopian Thought*. The MIT Press, Cambridge, 1974, p.147.

28. H. G. Wells. *Una utopía moderna*. Océano de México, México D.F., 2000, pp. 92-93.

29. Kelly ejemplifica el absurdo de la resistencia al cambio tecnológico por razones políticas mostrando una fotografía nocturna tomada por satélite en la que se capta la península de Corea del Sur y Corea del Norte, así como la costa este de China y el archipiélago de Japón. En la imagen se puede observar una especie de malla brillante, compuesta por miles de puntos recogiendo la actividad eléctrica de las grandes ciudades y de zonas urbanas e industriales de los países que están abiertos al mercado, rodeando al país comunista que continúa cerrándose a él y que, en efecto, permanece sumido en una casi total oscuridad o, dicho de otra manera, en un estado de apagado. Véase Kevin Kelly. *What Technology Wants*. Viking, New York, 2010, pp. 184-185.

posición natural en las mentes más originales y emprendedoras hacia el acto de innovar, de hecho, en una obra anterior (*Anticipations*³⁰) desliza una estructura de poder dual similar a la de Lenin, pero, claro está, centrada en este caso en una clase social especial, la de los “ingenieros”, en vez de la clase proletaria. Así, la evolución tecnológica predicha por Kelly según el proceso del *technium* estaría dando lugar a la configuración de la clase de los científicos (los mencionados “ingenieros”), unidos por una educación, incentivos e inteligencias que compartirían como elementos comunes a su identidad social y psíquica, así como por ser capaces de establecer interrelaciones avanzadas con las “máquinas”. Ellos son los que formarían el nudo social (he aquí una curiosa estratagema para anudar la base con la superestructura sin pasar por la mediación del Estado) alrededor del cual se irían acoplando otros anillos compuestos por las mentes más brillantes procedentes de otras profesiones (escritores, médicos y profesores, fundamentalmente). A medida que el resto de las clases sociales siguieran degradándose y alienándose hasta caer en una manifiesta apatía y desinterés por el cambio y la mejora, el poder real, con el apoyo de la población, iría recayendo sobre esta elite, erigida en el motor desde el cual construir un nuevo Estado Mundial.

En cierto modo, Jameson y Wells también se asimilan el uno al otro, dado que comparten en sus respectivas reacciones utópicas una lucha para encauzar el descontento y las injusticias provocadas por el despilfarro de recursos, el sufrimiento innecesario, los efectos de la guerra, la

30. H. G. Wells. *Anticipations: of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress Upon Human Life and Thought*. Forgotten Books, 2015.

mercantilización de todos los aspectos de la vida y la corrupción política (es sintomático que en la conciencia colectiva de finales del siglo XIX estuvieran acumulados similares resentimientos y la misma desesperanza que han fructificado en el cierre del siglo XX, profundizando así en la certeza de una estructura cíclica dentro del inconsciente colectivo de cada época³¹).

3. La conciencia *pregresista* y el enderezamiento dialéctico

La promesa de la modernidad es la realización práctica del mito del progreso (al modo de una profecía que se cumple). Esto no es más que aceptar que planteando “bien los problemas”, es decir, con lógica y observación, el cambio a mejor de la realidad está prácticamente asegurado. El componente utópico contenido en el alcance cultural del mito estriba en creer que el desarrollo científico y tecnológico redundará en un crecimiento inimaginable en cuanto al volumen y sofisticación de los conocimientos que se logren, lo que facilitará que la humanidad pueda dirigirse hacia un estado de perfección en el que todas las penurias y privaciones quedarán extinguidas. En suma, actuar de acuerdo al método científico en todas las esferas de la vida social (la base productiva y la conformación de la cultura) garantiza una evolución próspera,

31. Véanse González Pascual, *op. cit.*, pp. 59-99 (para una reflexión crítica sobre la noción de inconsciente colectivo desarrollada por Jameson), y Hansot, *op. cit.*, p. 149 (para observar una ingeniosa relación de los temas que más interesaban en el periodo decimonónico y que se traspasan a la obra de Wells y, con sus equivalencias, a la teoría de la clase ociosa elaborada por el economista Thorstein Veblen en 1899).

que metafóricamente siempre va en dos direcciones visuales (como la ley de acumulación en el capitalismo): hacia delante y hacia arriba. Tanto los estudios sobre la modernidad y la posmodernidad de Perry Anderson³², Fredric Jameson y Kenneth J. Gergen³³, por citar solo algunos, coinciden en que el espíritu del proyecto modernista continúa estando vivo pero, eso sí, con modificaciones o mutaciones internas que han sido necesarias para absorber sus propias contradicciones doctrinales así como por el ritmo asimétrico con el que ha acontecido la innovación tecnológica (lo que derivó en la urgencia de rastrear cuáles eran todos los elementos críticos que habían quedado fuera de la lista de comprobación modernista, con el fin de identificar lo que constituía la causalidad estructural de los acontecimientos históricos de las últimas décadas).

Esto significa, en palabras de Gergen³⁴, que se ha aprendido a manejar una estructura discursiva en la que cada acontecimiento pasa a ser analizado por los avances o “progresos” que produce en un extremo y por los retrocesos o “pregresos” que desencadena en el otro. En esta ampulosa forma de analizar la realidad, a nuestro modo de entenderlo es donde se ha insertado la esperanza conservadora de promover la espera por un futuro amable, el cual, a su vez, se esfuerza por ser inmediato, aunque en sus atributos se confirme después que solo traía algo ligeramente mejor a lo que estaba presente (es decir, explota la demanda por la *prototípia* designada por Kelly). La perspectiva

32. Perry Anderson. *Los orígenes de la posmodernidad*. Akal, Madrid, 2016.

33. Kenneth J. Gergen. *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Paidós, Barcelona, 1992.

34. *Ibidem*, pp. 291-292.

de Gergen ciertamente denota el pesimismo contemporáneo en el progreso, convertido este en una seña de identidad del ateísmo que colma una de las varias facetas de la posmodernidad:

*Lo más frecuente es que el progreso en un ámbito haga retroceder a la cultura en otros muchos ámbitos anejos (...) Si una cultura quiere progresar, cada desequilibrio imprevisto le exigirá medidas correctoras. Será preciso compensar en todos los campos los efectos de la reacción (...) cada acción emprendida en nombre del progreso puede poner en marcha un proceso de regresión, es decir, una regresión progresiva o acelerada.*³⁵

35. *Ibidem*, p. 293. Uno de los ejemplos prácticos que propone Gergen para entenderlo es el uso de fertilizantes para impulsar la producción de alimentos de un país. Bajo la lógica progresista se desencadenan retrocesos como la pérdida de terrenos para el cultivo, el descenso en la producción de oxígeno para fotosíntesis, o el aumento en el consumo de combustibles fósiles asociado a que hay más personas con ingresos disponibles para, entre cosas, comprarse un coche gracias al aumento en las ventas... El abanico en cascada negativa puede seguir desplegándose en decenas de capas. Otro ejemplo más contemporáneo que podemos dar bajo esta misma lógica derivaría del auge de los productos conectados a Internet como son las redes sociales (Facebook), el correo electrónico o la compartición de documentos en la nube (OneDrive, Google Docs.). Todos las eficiencias que generan en comunicación, productividad, incentivos a la colaboración entre múltiples personas de manera deslocalizada, y la distribución de información y conocimiento, etcétera, también se ve contrarrestada por los abusos que sufre nuestra privacidad y seguridad, ya sea por una vigilancia comercial ya sea por una vigilancia gubernamental, ya sea porque redes criminales los utilizan para extorsionar, robar o planear actos de terrorismo, o bien porque el capitalismo financiero actúa de un modo más totalizador para evitar cualquier tipo de regulación que ponga límites o fije responsabilidades en el desarrollo de su reproducción.

¿Se podría sostener que esta orientación hacia la *pregresión* favorece un cierre, típicamente asociado a conductas conservadoras, entre aquellos que serían proclives a trabajar por concepciones transformadoras del mundo en vez de abrir a estos mismos a una lucha más activa para generar un cambio radical?

Esta cuestión podría ser muy relevante si aceptamos el planteamiento de la lógica tradicional en la que las contradicciones son ignoradas porque solamente se confiere existencia a lo que no es contradictorio, de modo que la *pregresión* sería asumida simplemente como otra evolución lineal de las cosas. Sin embargo, la pregunta no estaría bien formulada si aplicamos el prisma de la dialéctica materialista, ya que la realidad de la ley de contrarios o de contradicción resulta ser mucho más “cruel”: en el desarrollo de la evolución tecnológica, como efecto de la interacción humana necesariamente tiene que surgir el conflicto, un choque de fuerzas en el que los contrarios presentes (lo viejo con lo nuevo) se producen a sí mismos a la par que combaten “*hasta la victoria de uno de ellos, o hasta su ruina mutua*”³⁶. Entonces, lo más importante es no confundir que la contradicción no puede estar en la conciencia aisladamente ni originariamente, puesto que si así fuera sería un elemento sin valor objetivo. La contradicción nace y se desarrolla en las cosas mismas, y es por ello que luego se transmite al pensamiento, pero lo que decididamente sí que existe es el pensamiento dialéctico (que no es contradictorio sino lógico y dinámico). La *pregresión* y la progresión, como transcripción de una fórmula binaria para relacionar un fenómeno con sus efectos finales re-

36. Henry Lefebvre y N. Guterman. *Qué es la dialéctica*. Dédalo, Buenos Aires, 1964, p.32.

cíprocos, solo estarán observando una contradicción por el motivo de que esta misma realmente reside en la verdad de las cosas, pero no puede reproducirse tal contradicción del mismo modo en la idea que tengamos de tales cosas en nuestra mente, dado que hacerlo sería caer en un proceso de alienación; por decirlo con otras palabras, la posición de Kevin Kelly o la del fundador de Facebook, Mark Zuckerberg, no se les refuta directamente mediante más idealismo, sino que es la vida, la realidad material, quien se encargará de hacerlo.

Para entenderlo todavía mejor basta con comparar la triada del *technium* con la triada hegeliana y su modificación materialista. Así, en el triángulo ideal de la evolución tecnológica (descrita en la cita al pie nº15) se observa un primer vértice transportando el determinismo biológico que es mimetizado a su vez en determinismo tecnológico, el siguiente punto de la figura geométrica asume las contingencias históricas y un tercero superior desempeña el grado de apertura presente en el sistema o, en otras palabras, la capacidad para crear e innovar (el nivel puramente funcional y adaptativo). De tal modo, el elemento estructural calificado de “inevitable”, como tesis, entraría en oposición jerárquica con los aspectos de la coyuntura histórica, como antítesis. El tercer término, como síntesis, sería el nivel superior a los dos anteriores y generaría el marco de adaptación como la superación de lo jerárquicamente inferior y a la vez, según Hegel, como transformación definitiva (el acceso a lo total y absoluto).

La modificación materialista convierte ese “absoluto” especulativo en una lucha real. Por ende, el tercer término en esta vía se consagra como la solución práctica del problema total (la cual fluye a través

de una dinámica de crear y destruir). Es aquí donde se genera la diferencia con el enfoque amable y lineal de Kelly, cuya precaución es no destruir nada de lo que está dado en la realidad, y esperar con optimismo a que la “síntesis” sea finalmente útil (la fe en que el descuento de las pérdidas sobre los beneficios alcanzados por cada avance tecnológico genere de por sí un saldo positivo). Marx y Engels, en cambio, esperan que la destrucción creativa inherente al funcionamiento interno del capitalismo sea una etapa necesaria dentro de la praxis que proponen, ya que esta, como resolución a las contradicciones, debe adaptar la naturaleza a las necesidades del hombre, pero advirtiendo el hecho teleológico de que tienen que crecer recíprocamente en la dirección de enriquecer la naturaleza humana (lo que, por lo tanto, también implica enriquecer a la naturaleza misma). Luego la *pregresión* no debería ser dialécticamente un obstáculo para impulsar la dinámica revolucionaria, sino un acelerador para que comience una transición hacia ella.

Trayendo la sensibilidad utópica de Jameson a colación, la conciencia *pregresista* planteada dialécticamente debería facilitar el sueño utópico, colocando la mirada de nuestra existencia en el futuro; esto no es otra cosa que engrandecer el deseo por ser transformadoramente radical en vez de generar un pesimismo estéril o un optimismo moderado que lleve al sujeto histórico a seleccionar la reforma, para todos los casos y etapas de desarrollo, como el único método para enderezar la evolución social que late tras toda evolución tecnológica.

4. Conclusiones finales y siguientes contradicciones

La interpretación del mundo que se halla depositada en todos aquellos críticos, políticos, empresarios y economistas que encuentran en la tecnología un factor determinante (como un rostro de Dios) para el progreso de la humanidad (siendo Internet la encarnación modernista del milagro), y que apuestan por sedimentar cultural y políticamente tanto una fe idealista como una coyuntura institucional que permitan que la evolución tecnológica pueda desarrollarse sin límites y, consecuentemente, que la sociedad asuma sus contradicciones, se hayan cercanos a una visión “digital” de la teodicea de Leibniz.

Efectivamente, en el estado de *protopía*, que es completado con la sustancia del *technium*, Kevin Kelly, como representante de esta tendencia de pensamiento, no tiene reparos en tomar para su justificación aquellos aspectos de las leyes generales que puedan servir para demostrar que la utopía es tan incongruente e inestable que solo la continuidad en el avance del capitalismo puede servir para proteger la evolución de la tecnología³⁷. Entonces es cuando sucede el anclaje de la *protopía* a la *pregresión* como regla de la única perfección que es posible (por semejanza, una extrapolación de la ley de

37. «(...) es necesario pensar que entre las reglas generales que no son absolutamente necesarias, Dios elige las que son más naturales, aquellas de las que es más fácil dar razón y que sirven mejor para dar razón de las demás cosas. Esto es, sin duda, lo más bello y lo más agradable; y aun cuando el sistema de la armonía preestablecida no fuera, por otro lado, necesario, al descartar los milagros superfluos, Dios lo habría elegido porque es lo más armonioso». G. W. Leibniz. *Ensayos de teodicea*. p. 244.

lo mejor³⁸ de Leibniz). Dicho con otras palabras, el cambio incremental que genera el descubrimiento científico y la producción tecnológica no son culpables de “las enfermedades”, tan solo de ciertos inconvenientes que, por otro lado, son inevitables para asegurar la propia utilidad y el orden contenidos en el beneficio que producen³⁹.

En resumen, el retroceso aun siendo grave (y causar el mal) puede ser aceptado o minimizado por dos razones, primero,

38. «Porque la perfección comprende no solamente el bien moral y el bien físico de las criaturas inteligentes, sino también el bien que únicamente es metafísico, y que se refiere también a las criaturas desprovistas de razón. De aquí se sigue que el mal que hay en las criaturas racionales no llega más que por su concomitancia, no por voluntades antecedentes, sino mediante una voluntad consecuente, como algo incluido en el mejor plan posible». *Idem*. En el optimismo hacia el sublime tecnológico hay una creencia férrea en que la tecnología resulta ser el bien si no es alterada por la mediación de las relaciones sociales. Así, la tecnología es desprovista en general de todo componente inmoral *ex ante* salvo cuando es instrumentalizada por el interés del hombre; luego, como sugiere Leibniz en su argumentación, el mal, ya sea físico o moral, en ciertas ocasiones resulta necesario para que el bien tenga lugar en otro lugar y de algún modo.

39. Leibniz lo explica citando el artículo “Crisipo” de Pierre Bayle: «(...) el principal designio de la naturaleza no ha sido hacerlos enfermizos (a los hombres), esto no convendría a la causa de todos los bienes, sino que, al preparar y producir muchas cosas grandes muy bien ordenadas y muy útiles, halló que de ello resultaban algunos inconvenientes y, por eso mismo, no han sido conforme a su designio primitivo (...) Para la formación del cuerpo humano, decía, la idea más delicada y la propia utilidad de la obra exigían que la cabeza estuviera compuesta de un tejido de huesos finos y sueltos; pero, por esto mismo, debían tener la incomodidad de no poder resistir los golpes». *Ibidem*, p. 245.

porque puede generar el bien (lo cual en muchas ocasiones resulta completamente cierto), y segundo, es una condición necesaria para que tal cosa suceda, luego también resulta inevitable el daño. Por su lado, otro tecnólogo, pero en este caso *crítico* crítico, David F. Noble, nos recuerda que la clase de los tecnólogos ha logrado insuflar en la construcción de la opinión pública un mito rutinario para encontrar sentido a la entropía, de manera que se ha acostumbrado a “*esperar mucho más de los artilugios artificiales que de la simple conveniencia, comodidad o incluso supervivencia. Les pedimos liberación*”⁴⁰. Esta indicación es un signo cultural de la extenuación semántica de lo que se entiende por trascendencia tecnológica, hasta el punto de caer, en el peor de los casos, en un acuerdo tácito de *adiaforización*⁴¹ (de modo que incluso las degradaciones originadas por una tecnología son consideradas en términos morales como hechos irrelevantes o neutros), con vistas a justificar las promesas incumplidas.

En el breve recorrido realizado hasta aquí hemos observado que, para asumir las contradicciones, la síntesis no dialéctica deviene en negar la utopía como un lenguaje apropiado para eliminar los “inconvenientes”. El efecto de tal supresión lingüística y desprecio cultural es que los problemas corren el riesgo de no ser resueltos nunca, fundamentalmente porque la sociedad se aburre de ellos, emergiendo una inercia, autorizada por las fuerzas del mercado, que conduce hacia el olvido o hacia permitir anestesiarnos frente a todo deseo de superación. Sin embargo, por interés de aquellas mismas fuerzas y

40. David F. Noble. *La religión de la tecnología*. Paidós, Barcelona, 1999, p. 18.

41. Zygmunt Bauman y David Lyon. *Vigilancia líquida*. Paidós, Barcelona, 2013.

evitar el inmovilismo absoluto, se articula el ambiguo sentimiento utópico que discurre en el estado de *protopía*, en el que se encuentra el dictado de una disciplina interna que busca “*controlar el alma para cambiar el comportamiento y la motivación*”⁴², contrarrestando cualquier riesgo de caer en un vertiginoso anarquismo. En el sueño utópico prendido al calor de la expansión del capitalismo y cuya llama sigue hoy incólume, se captura como sentido último que la naturaleza humana no se ha detenido nunca, sino que continúa progresando hacia un estado de armonía, y que no solo lo hará por medio de la evolución de la tecnología, sino a través de confrontar con los problemas o desafíos que vayan surgiendo en la naturaleza. Es así (como vimos en la relación de H.G. Wells y Kelly) como se cohesiona el ímpetu por incorporar la innovación como rasgo inmanente de la propia naturaleza humana. De este modo, lo natural para nuestra forma de inteligencia es la innovación, y su no presencia es el síntoma de un estado *distópico* que devalúa a los seres inteligentes en seres carentes de raciocinio y voluntad humana. En cualquier caso, la singularidad, la *protopía* y la innovación nos quieren “liberar” de un utópico destino final, y deslizar nuestra conciencia hacia un cambio continuo e interminable.

Ursula K. Le Guin, en su célebre relato *Los desposeídos*, nos presentó un abigarrado juego dialéctico entre un mundo anárquicamente capitalista y otro (situado en la luna del planeta) anárquicamente socialista. Ambos eran ambiguamente presentados, es decir, con rasgos democráticos y totalitarios que convivían entre sí. La analogía con nuestro presente y lo

42. *Ibidem*, p. 61. Lyon citando a Foucault para describir la modernidad modificada.

expuesto no parece descabellado. El choque de contradicciones se establece para nuestra época entre la senda de la dualidad de poderes y el peso cultural de la ley de lo posible. De la lucha entre ambos cabe esperar un salto material, ético y político. En tal contexto, y en consonancia con Kant, la fe y la coyuntura institucional para favorecer la evolución tecnológica que predomina en la cultura del capitalismo tardío significa adoptar no aquello que debe ser creído, sino lo que resulta posible y conveniente adoptar. Sin embargo, la contradicción de tal creencia es la misma que hace confrontar los términos de “Naturaleza” y “Gracia⁴³”, o, dicho con otras palabras, entre las condiciones materiales de la existencia y el sentido práctico de realizar nuestro deber como seres humanos. Es una cuestión de recuperar el sentido del tiempo y la historicidad, en el sentido argumentado por Jameson, para vislumbrar el principio de un camino hacia la síntesis de todos los términos.

43. Kant define “Naturaleza” como «(...) *aquel principio que predomina en el hombre para propiciar su felicidad*». Y “Gracia” queda establecida como «(...) *aquella misteriosa disposición moral que subyace dentro de nosotros*». La contradicción surge, a su juicio, de la distancia entre la voluntad que dirige la ejecución de los fines, y el obrar por mor del principio interno. Véase Kant, *op. cit.*, p. 101.